

Fidel Araneda Bravo

Los estudios históricos en Chile



CHILE es uno de los pueblos de mayor producción histórica: D. Marcelino Menéndez y Pelayo asegura "que no hay rincón de su historia que los chilenos no hayan estudiado, ni papel de sus archivos y de los nuestros que no impriman e ilustren con comentarios. Chile, colonia secundaria durante la dominación española: tiene historias más largas que las de Roma, por Curtius y por Grote" (1).

Desde la época lejana de la Conquista, hasta los primeros años del siglo actual, se escribieron historias a granel, mejor dicho, cualquiera que hacía la crónica de algún suceso u ordenaba documentos inéditos, en un tomo, ya adquiría fama de historiador.

En nuestro país hasta que Alberto Edwards y Francisco A. Encina aclararon el asunto, no se distinguía entre el investigador y el historiador. Para la mayoría de los chilenos medianamente cultos, tan historiadores eran D. José Toribio Medina y el Pbro. D. Elías Lizana; D. Domingo Amunátegui Solar y D. Carlos Silva Cotapos; como Miguel Luis Amunátegui Aldunate, Benjamín Vicuña Mackenna, Diego Barros Arana, Ramón Sotomayor Valdés, Crescente Errázuriz, Gonzalo Bulnes, Alberto Edwards y Francisco A.

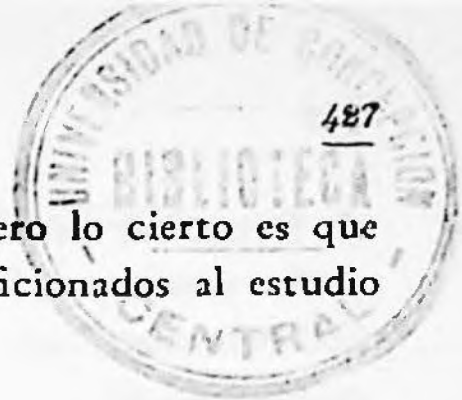
(1) Historia de la Literatura hispanoamericana, cap. XI.

Encina. Aquellos cuatro hicieron obra de pura investigación y estos últimos han estado muy cerca de la verdadera concepción de la historia.

El genuino historiador tiene que desentrañar del documento y de los testigos el alma del pasado; y en seguida, en forma intuitiva, reconstruir la época que estudia, colocándose en ella, desentendiéndose para esto del presente y de todo elemento que pueda desfigurarla. "No necesitamos sacrificar al investigador, ni desprendernos del que nació sin la intuición del pasado —dice D. Francisco Encina— dentro del nuevo concepto de la historia todos tienen cabida, pero cada uno en el lugar que le está asignado en la distribución del trabajo. La historia sólo puede ser la resultante de la cooperación del investigador, de las hondas reflexiones del filósofo y de la potencia creadora del artista. El historiador —como dice muy gráficamente el mismo autor— debe ser una antena que vibre con las ondas del pasado.

Es evidente que ninguno de los historiadores del siglo XIX logró alcanzar el ideal que hoy perseguimos en la ciencia histórica. El escritor es fruto de su época y aquellos historiadores civiles y eclesiásticos, no fueron una excepción. El hombre, por muy inteligente que sea, no puede desentenderse de las ideas y costumbres de su tiempo. Sin embargo, hubo algunos, como ya lo he dicho, en cuyas obras se advierte que algo vislumbraban ya el moderno concepto de la historia.

Que los chilenos tenemos vocación para la historia, bien o mal concebida, es un hecho indiscutible. En los primeros días de la naciente Colonia española ya soldados y frailes subyugados por la guerra de Arauco escriben las primeras crónicas, que los historiadores de la República utilizan para hacer estudios más completos. Es probable que la mezcla de esa seriedad grave de los godos y del método y espíritu de trabajo de los vascos, hubiera influido en esta inclinación a los estudios históricos; y no sería raro que la conjunción de otras sangres europeas haya contribuido a darnos nue-



vos historiadores con más capacidad creadora, pero lo cierto es que aquí la mayoría de los hombres de letras son aficionados al estudio de la historia.

I

LOS HISTORIADORES DE LA COLONIA

Algunos creen que *D. Alonso de Ercilla y Zúñiga* es el primer historiador chileno, en el orden cronológico, porque en la *Araucana* describe la vida y costumbres de los naturales y este poema épico e histórico ha ejercido grande influencia en la nacionalidad. No creo que pueda contarse a Ercilla entre los historiadores porque como dice Cervantes "los poetas no cuentan las cosas como fueron que es la misión del historiógrafo, sino como debieron ser".

Don Alonso de Góngora y Marmolejo (1524-1576).—Escribió una simple narración de los sucesos con buen criterio y nada más.

Don Pedro Mariño de Lobera (1528-1594).—Hizo una crónica que es conocida sólo por la redacción que le dió el padre Escobar, S. J. En ella cuenta los hechos con exactitud y no carece de comentarios y observaciones atinadas.

El Padre Alonso de Ovalle.—Título aparte merece el justo renombre de que goza el P. Alonso de Ovalle (1601-1651), cuyo libro *Histórica Relación del Reino de Chile*, le ha otorgado el raro privilegio de figurar no sólo entre los grandes historiadores de la Colonia, sino en el *Diccionario de Autoridades de la Lengua Castellana*.

El hijo del capitán Francisco Rodríguez del Manzano de Ovalle y de doña María Pastenes de Astudillo y Lantadilla ingresó en la benemérita milicia de Iñigo de Loyola en la cual se destaca como catedrático de filosofía en el colegio de Santiago, como rector del convictorio de San Francisco Javier y en su cargo de Procurador

de la casa de Santiago en Roma. El P. Alonso se empapó en el espíritu misionero de la Orden y anhelaba evangelizar a los guaraníes del Paraguay; mas, los superiores le enviaron a Chile donde ejerció su apostolado, en el magisterio y en el púlpito, con grande inteligencia, bondad y erudición.

De carácter vehemente y apasionado, en su alma reverberaba una sincera compasión por los indios, de quienes hacía ciegas apologías. Jamás estuvo entre ellos porque toda su vida la ocupó en actividades intelectuales y literarias, pero sintió por los naturales un sentimiento innato de piedad. En su elogio a los indios exagera —dice Solar Correa— y esa admiración por los naturales no conviene a nuestro malogrado crítico.

Por sobre todo, el P. Ovalle amaba a su tierra chilena. Cuando llegó a Roma, en calidad de Procurador de la Viceprovincia de Nueva Extremadura, comprobó que su patria era desconocida en el Viejo Mundo y se impuso como obligación darla a conocer. “Habiendo venido del Reino de Chile, y hallando en estos de Europa tan poco conocimiento de él, que en muchas partes ni aun sabían su nombre, me hallé obligado a satisfacer el deseo de los que me instaron diese a conocer lo que tan digno era de saberse”. “Con estas sencillas palabras nos declara el P. Ovalle —dice Pedro Lira Urquieta— el origen y el fin de su libro *Histórica Relación del Reino de Chile* y de las misiones y ministerios que ejercía en él la Compañía de Jesús”.

Esta obra es el monumento perenne que ha inmortalizado la memoria del P. Ovalle. *La Histórica Relación* debió titularse “Poética Evocación del Reino de Chile”, porque sus páginas son todas tan eufóricas y acompasadas que aseméjense más a un poema en prosa que a la relación árida de acaecimientos históricos, máxime cuando, en aquella época, no había historiadores amantes de la estética literaria.

Ovalle es el primero que descubre el paisaje chileno con su policroma belleza; todos los demás escritores y poetas, que siguieron

en pos de él, aun muchos de los más modernos, no han logrado superar la originalidad y hermosura de sus descripciones.

Nuestro clásico autor, muestra la riqueza panorámica de Chile en cuadros maravillosos cuyo colorido suave, natural y espontáneo, es la misma naturaleza exuberante de nuestra tierra, con la variedad de sus climas y su graciosa y ondulada conformación geográfica.

Es menester, pues, colocar al P. Ovalle el número de los grandes cultivadores de la prosa poética hispanoamericana, entre cuyos discípulos podría figurar nuestro poeta Pedro Prado con su *Alsino*. La vida del P. Ovalle transcurrió entre sus labores docentes y literarias, en las cuales dió lustre a Chile y a su Orden. Murió en Lima, ansioso por regresar a su terruño tan amado.

El P. Diego Rosales, S. J. (1601-1677).—Es el Barros Arana de la Colonia. Escribió la *Historia General del Reino de Chile*, y en ella se limita a contar los acaecimientos del pasado sin el menor espíritu artístico pero cuando relata el cerco de Villarrica, su pluma cobra inusitada belleza y sus páginas son dignas de figurar en una antología.

Francisco Pineda Bascuñán (1607-1680).—De quien habló tan primorosa y exactamente Emilio Rodríguez Mendoza el día que se incorporó en la Academia Chilena de la Lengua, es autor de *El Cautiverio Feliz*, en el cual cuenta la vida y costumbres de los naturales durante el año de su cautiverio. La obra de Pineda da testimonio de su personalidad, es una de las mejores de las letras nacionales.

Miguel de Olivares, S. J. (1672-1786).—Las dos obras del P. Olivares *Historia de la Compañía de Jesús en Chile*, publicada en 1864 en el tomo VII de los *Historiadores de Chile e Historia Militar, Civil y Sagrada de Chile*, inserta también en el mismo año en el tomo IV de la citada colección, ofrecen datos abundantes y preciosos acerca de la Colonia y especialmente de las costumbres chilenas que los eruditos modernos han sabido aprovechar bien.

José Pérez García (1726-1814).—Español oriundo de Colindres. Acucioso investigador cuya *Historia de Chile*, es un fichero muy ordenado en el cual los historiadores liberales encontraron noticias exactas pero incoloras de la época colonial.

Vicente Carvallo y Goyeneche (1742-1816).—Es el primero de nuestros historiadores que se convenció de la necesidad de investigar los Archivos de España para escribir la historia de Chile. Estuvo en la península Ibérica y aunque le fué negado el permiso para leer y estudiar los documentos del Archivo de Indias, algo pudo vislumbrar, con su singular habilidad y raro talento, y escribió esa amena y magnífica *Descripción histórico-geográfica del reino de Chile*, que fué publicada en los tomos VIII, IX y X de la colección de historiadores de Chile, durante los años de 1875 y 1878. Es un hecho, indiscutible, que Gay y Barros Arana aprovecharon casi al pie de la letra las noticias que suministra Carvallo y Goyeneche.

Felipe Gómez de Vidaurre, S. J. (1748-1818).—Escribió dos libros notables *Compendio della Storia geografica naturale e civile del Regno del Chili* (Bolonia, 1776) e *Historia de Chile*, publicada en Santiago en 1889.

Juan Ignacio Molina, S. J. (1740-1829).—Aunque es más naturalista que historiador, Molina se puso a la cabeza de los historiadores nacionales y su obra *Breve Compendio de la Historia de Chile*, era la que tenía más prestigio por la gracia y hermosura de su estilo, en lo cual es probable que la superara la obra de Carvallo, a la sazón desconocida. Como afirma D. Francisco Encina en el *Pequeño Compendio* del Abate Molina, aparece enunciado, por primera vez, con contornos netamente definidos el postulado de la evolución de las sociedades humanas. Otra intuición genial, que despertó la sonrisa despectiva de nuestros eruditos, comprobada siglo y cuarto más tarde por el ilustre antropólogo Ricardo Latcham, obligó a rehacer de pies a cabeza nuestra prehistoria”.

II

LA INDEPENDENCIA

Los estudios históricos como todas las actividades científicas y literarias sufrieron un grave retroceso con la expulsión de los jesuitas. Desde 1810 hasta el comienzo del movimiento literario de 1842 no hay obras históricas de importancia (2).

Movimiento literario de 1842

El movimiento literario de 1842, era el fruto del magisterio de D. José Joaquín de Mora y del muy fecundo y atinado de D. Andrés Bello, porque los escritores emigrados argentinos no hicieron otra cosa que impeler a los escritores nacionales, discípulos del polígrafo venezolano, para que se lanzaran al trabajo.

Siendo Chile un pueblo de historiadores, las principales obras que se publicaron después de 1842 son de carácter histórico.

Comenzaron entonces su carrera literaria los tres historiadores liberales de los cuales hablaremos más adelante. Miguel Luis y Gregorio Víctor Amunátegui publicaron *La Reconquista Española*; Benjamín Vicuña Mackenna dió a luz *La Guerra a Muerte*, y D. Diego Barros Arana escribió *Las Campañas de Chiloé*, libros que si no son joyas literarias, revelan, por lo menos, el espíritu de estudio, la cultura y madurez de tres jóvenes que serían los primeros historiadores chilenos.

Otros escritores, muchos de ellos muertos prematuramente, publicaron trabajos que no carecen de interés: D. Manuel Antonio Tocornal, *El Primer Gobierno Nacional*; D. Diego José Benavente,

(2) En ese período publicáronse sólo dos trabajos de esta índole: D. Bernardo O'Higgins, folleto de D. Manuel José Gandarillas, y *El Chileno instruido en la historia topográfica, civil y política de su país*.

Las Primeras Campañas de la Independencia de Chile; D. Salvador Sanfuentes, *La Guerra a Muerte*; D. Antonio García Reyes, *La Primera Escuadra Nacional*; D. Domingo Santa María, *Sucesos Ocurridos desde la caída de O'Higgins en 1823 hasta la promulgación de la Constitución dictada el mismo año*; D. Melchor Concha y Toro, *Chile durante los años de 1824-1828*, y D. Federico Errázuriz Zañartu, *Chile bajo el imperio de la Constitución de 1828*. Todas estas obras serían aprovechadas más tarde por los historiadores liberales y también por Claudio Gay.

Intencionalmente hemos querido terminar este período con el libelo de D. José Victorino Lastarria *Investigaciones sobre la influencia social de la Conquista y del sistema Colonial de los españoles en Chile*, porque es necesario expresar aquí que el odio a España y la desfachatez del autor, son el resultado de su absoluta ignorancia de la historia y de la psicología de nuestro pueblo.

Don Andrés Bello y la historia

D. Andrés Bello no tenía vocación para los estudios históricos, pero es indudable que comprendió perfectamente la misión de la historiografía de la cual Ranke, el famoso historiador alemán, dijo que "le ha asignado a la historia la misión de juzgar al pasado y de dirigir el presente hacia un futuro mejor".

Cierto profesor de historia publicó hace algunos años en cierta revista histórica un ensayo sobre *El Criterio Histórico en Chile* y en él hace a D. Andrés Bello un cargo gravísimo e injusto: dice que D. Andrés "es en última instancia el responsable del rumbo tomado por la historiografía en Chile. Había escrito en 1848, que el proceder de toda ciencia de hechos era primero ponerlos en claro, luego sondear su espíritu, manifestar su encadenamiento, reducirlos a vastas y comprensivas generalizaciones. Sin duda que ello importaba fundar en la experimentación de los hechos todas las concepciones, así en literatura como en derecho, en filosofía como en gramáti-

ca. Significaba también que la historia, ciencia de hecho por excelencia, quedaba cimentada en el análisis menudo de un método científico rigurosamente exacto, que eludía la síntesis para dar paso al más recio y vigoroso procedimiento crítico. En suma, D. Andrés Bello, árbitro de la dirección de las letras en Chile, creía que la obra del historiador debía reducirse a ser la obra del erudito”.

“Esto fué en Chile la última palabra, aunque pueda parecer extraño que un hombre, que, si bien es cierto era dueño de una mentalidad excepcional, no tocaba, sin embargo, las alturas del genio, pudiera ejercer una influencia tan honda y decisiva en todas las ramas de la vida cultural de nuestro pueblo. Pero hemos de tener presente, que, desaparecido el régimen colonial que ahogaba casi todas las manifestaciones de su actividad culta, Chile había quedado convertido en un campo por demás fértil —ambiente de calma y estabilidad política— en el cual prosperarían todas las semillas que allí quisieran arrojarse”.

“Por otra parte, la rigidez del método impuesto por Bello no violentaba en modo alguno las tendencias naturales del espíritu chileno. Anotar fechas y datos, datos y más fechas se conformaban, evidentemente, con un carácter tan ajeno a la especulación abstracta, por lo mismo que había sido plasmado en una época en que manteniendo la historiografía y la política tan estrecho enlace, se buscaba en los hechos una esfera más viva de acción.

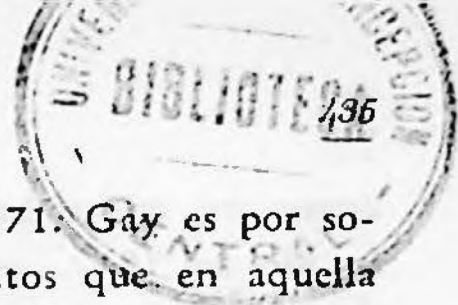
“La función crítica —dice Feliú Cruz— ha sido la constante característica nacional, y no sólo en el cultivo de las ciencias, sino en cualquiera manifestación espiritual del chileno. Desmenuzamos las ideas, los conceptos y las afirmaciones. El prurito de la censura nos viene de esa condición que, en ciertas ocasiones parece virtud y en otras, un gravísimo defecto. Por eso también nuestros historiadores, al establecer la verdad hicieron crítica de fuentes documentales y desentrañaron con benedictina paciencia, todos los papeles de la historia nacional arrancándolos a las bibliotecas y archivos de todo el mundo”.

“A esa época y a ese espíritu, pertenecieron nuestros historiadores clásicos —Barros Arana, Amunátegui y Vicuña Mackenna— que empapados hasta la saciedad en el juicio sabio y prudente del maestro, volcaron su actividad en el campo inagotable de una investigación piadosa. Y porque bien comprendían que Bello tenía razón y que de nada valía una historia sin pruebas positivas, se consagraron a una labor de cronistas y más que nada a su ideal de simbolizar el pasado en los propios datos suministrados por los documentos. Es que para ellos la historia narrativa tiene el interés del drama en que es posible conocer de cerca y en todas sus interioridades a los hombres del pasado, viéndolos moverse y obrar como si estuvieran en medio de nosotros. Sólo esta forma literaria podía desempeñar cumplidamente el papel justiciero de la historia, premiando las grandes acciones y condenando las malas”.

Precisamente lo que el sabio perseguía con esto, y para ello le sobraba razón, era construir la historia sobre los sólidos e inamovibles cimientos de la investigación ¿cómo podrían escribir los historiadores sin el trabajo previo de la investigación? Encina dice “que Bello se limitó a recomendar la necesidad de establecer los hechos antes de interpretarlos; de reunir los materiales antes de construir el edificio; en otras palabras, de reconstruir el pasado con los hombres y los sucesos que lo encarnaron y no con las lucubraciones de nuestra fantasía o de nuestro raciocinio”.

Es inconcebible que Bello, un hombre tan agudo e inteligente, un verdadero genio, pudiese recomendar el estancamiento de los estudios históricos, porque esto y no otra cosa significa la interpretación que el citado profesor ha dado a las palabras del venerable maestro. Lo que D. Andrés descaba era agotar la investigación de los documentos para que el historiador hiciera en seguida la obra artística.

D. *Claudio Gay* (1800-1873).—El sabio naturalista francés no era historiador, pero empujado por la corriente escribió su *Historia Física y Política de Chile*, en diez tomos, ocho de narración y



dos de documentos que publicó entre 1844 y 1871. Gay es por sobre todo investigador, copió todos los documentos que en aquella época era posible encontrar y conversó con los próceres y estadistas de la Independencia e hizo una obra que los historiadores liberales aprovecharon al máximo. Es el más grande de nuestros eruditos y sólo le supera el sin par D. José Toribio Medina. Los historiadores liberales calcaron todas sus cualidades y graves defectos; él, por ejemplo, fué el que inventó la división de los hombres de la emancipación entre radicales y conservadores. Otro gran error suyo es haber sido discípulo de los enciclopedistas de la Revolución Francesa. El estilo de Gay es pobrísimo y su obra vale, y mucho, como trabajo de investigación.

Monseñor José Ignacio Víctor Eyzaguirre (1817-1875).—Monseñor Eyzaguirre, pariente de los obispos Alday y Rodríguez Zorrilla y sobrino de D. Diego Portales, organizador de la República, es el primer historiador de la iglesia chilena en el orden cronológico, antes de él ningún sacerdote escribió ni siquiera una síntesis de historia eclesiástica (3) y, sin embargo, D. Carlos Silva Cotapos no menciona el nombre de Eyzaguirre en su *Historia Eclesiástica*, que publicó en 1925.

Misionero, secretario del arzobispado en el gobierno de su tío D. Alejo. Diputado en 1849. En la Cámara, con el Pbro. D. Francisco de Paula Taforó, hizo oposición al Presidente D. Manuel Montt. Fundó el Colegio Pío Latino Americano y es el primer sudamericano que desempeñó un cargo diplomático de la Santa Sede; fué Delegado Apostólico ante los gobiernos del Ecuador, Perú y Bolivia. En 1858 Su Santidad el Papa le designó Proto Notario Apostólico. No simpatizó con el Arzobispo Monseñor Rafael Valentín Valdivieso. Monseñor Eyzaguirre era liberal en política y esta fué la causa de su enemistad con el prelado, el cual no podía ver con buenos ojos que un sacerdote inteligente no fuese pelucón

(3) Los jesuitas chilenos escribieron, principalmente, historia civil.

como era costumbre en aquel tiempo. El señor Eyzaguirre había nacido en 1817. como Manuel A. Tocornal, Salvador Sanfuentes, José Victorino Lastarria y Antonio García Reyes, y como ellos participó en el movimiento literario de 1842. Este año comenzó a escribir su *Historia Eclesiástica, Política y Literaria de Chile*, que dió a luz en dos tomos el año 1850 con una introducción del historiador argentino D. Bartolomé Mitre. Eyzaguirre enlaza los acontecimientos políticos con los religiosos en un estilo correcto pero sin brillo ni amenidad. Como historiador relata los hechos a base de los pocos documentos de que pudo disponer en esa época. El único mérito de monseñor Eyzaguirre, y no deja de ser, es que fué el primer chileno que escribió la historia de la iglesia de nuestro país.

Los historiadores liberales

Los tres historiadores liberales, Diego Barros Arana, Miguel Luis Amunátegui y Benjamín Vicuña Mackenna, fueron los primeros que echaron las bases de los estudios históricos en Chile.

D. *Diego Barros Arana* (1830-1907).—Es el primero de los historiadores en el orden cronológico. D. Diego era de los que creían “que si la historia no nos ofrece hombres modelos, es deber del historiador hacerlos. Son pocos los que buscan la inteligencia de la historia y muchos son los que reciben las lecciones que ella da”. En su afán de crear grandes personalidades, desfiguró los hechos y los individuos, y por eso la *Historia General*, es una creación suya, muy *sui generis*, hecha más con fines patrióticos que con el ánimo de dar una imagen fiel del pasado. En cada página obsérvase que eran esos sus más caros anhelos. A Barros Arana no le interesó nunca “la inteligencia de la historia”, sino “las lecciones que ella da”; “el frío cálculo del raciocinio es —como dice D. Francisco Encina— la vara que mide los sucesos y el criterio que determina la colocación de los hechos”. “Acentuaba demasiado, tal vez, abusaba del término medio”.

El autor de la *Historia General de Chile*, reconoce que su obra "es un mamotreto" y le pide a D. Ramón Sotomayor Valdés "que tenga paciencia para recorrerla". "Esos mamotretos pueden parecerle pesados, porque lo son en efecto; pero en ellos he querido vaciar todas las noticias que he logrado reunir en muchos años de preparación". Barros Arana no supo seleccionar los materiales recogidos y escribió dieciséis volúmenes, porque su único anhelo era vaciar "todas las noticias que había logrado reunir". Su obra es, pues, más de investigación que de historia. Podría decirse que la *Historia General* es una magnífica enciclopedia histórica muy bien bien ordenada y exacta, atendido el material de que dispuso.

D. Francisco A. Encina dice que Barros Arana escribió bajo la inspiración del sentido común vasco, y alaba su sensatez. *In hoc non laudo*. No hay tal. ¿Cómo puede tener buen sentido quien no supo desentenderse de sus antipatías y pasiones para concebir la historia de Chile? Nosotros defendemos el buen sentido vasco de nuestros mayores. El maestro volteriano tuvo un pésimo olfato como historiador.

D. Miguel Luis Amunátegui Aldunate (1828-1888).—El otro historiador de aquel tiempo, como era más inteligente que Barros Arana, sin ser un genio, fué menos apasionado, pero no dejó de inquietar a los católicos. Es autor de numerosas obras. *La crónica de 1810* y *Los Precursores de la Independencia de Chile*, son tal vez las principales y las que más han aprovechado los historiadores modernos. En *Los Precursores* guarda silencio acerca de la ardua labor lograda por la iglesia en la Conquista de Chile y cuando se refiere a esa tarea evangelizadora lo hace para ridiculizarla; y desconoce lo que nadie sinceramente se ha atrevido a negar cuando se escribe la historia científicamente. Para refutar esta obra D. Crescente Errázuriz, de cuyos trabajos me ocuparé más adelante, escribió su primera obra histórica *Los Orígenes de la Iglesia Chilena*. Amunátegui, como dijo Errázuriz, se presenta en este libro lleno de preocupaciones y prejuicios y su sistema histórico deja ver, en más de un punto,

cuáles son las afecciones de su corazón. "Nada más peligroso para la verdad histórica que los sistemas históricos". Su obra es la defensa de un abogado, pero no la tesis de un historiador.

Además el libro de Amunátegui no responde a su título porque la Independencia de Chile no tuvo precursores. En 1810 nadie pensaba en la emancipación; fué necesario que llegaran Carrera, Camilo Henríquez y O'Higgins para que se pensase en la libertad definitiva. Si el conde Toro y el obispo Aldunate hubiesen sospechado, siquiera, que iba a producirse la independencia absoluta, no habrían aceptado los cargos en la Junta de Gobierno. Aun más, el conde Toro no hubiera ido al Consulado, el 18 de septiembre de 1810, si alguien hubiese pensado en la emancipación. Toro Zambrano murió sin ser precursor de la Independencia.

Un historiador pondera demasiado a D. Miguel Luis Amunátegui; cree que fué el cerebro "más sano, más fuerte y más conciliador" entre los que cultivaron la historia. Este juicio es demasiado entusiasta; tal vez se ajusta más a la verdad este otro, en el cual expresa que el autor de la *Crónica de 1810*: "es más inteligente y menos apasionado que Barros Arana". Las condiciones de ecuanimidad y conciliación no corresponde al carácter del señor Amunátegui. Respecto al trabajo de D. Miguel Luis en su obra histórica, Miguel Luis Amunátegui Reyes confesó que su padre, D. Gregorio Víctor tuvo parte principal en la preparación de los trabajos históricos de D. Miguel Luis.

"Nuestros archivos y nuestras bibliotecas son testigos del ardoroso afán con que Gregorio Víctor buscaba documentos y recogía datos para componer en colaboración con su hermano las obras, que por convenio mutuo aparecían después sólo con el nombre de este último. Frecuentemente las agitaciones de la vida política absorbían a Miguel Luis todo su tiempo, y entonces, Gregorio Víctor continuaba solo, preparando en el silencio del gabinete las obras que habían de dar lustre a su hermano. El gusano de seda trabaja su oscura cárcel, pero con la satisfacción de verse converti-

do en blanca mariposa que ha de gozar algunas horas felices; mientras que Gregorio Víctor inspirado por la sublime fraternidad no aguardaba nada para sí. Se cautelaba como el que comete un crimen, para evitar que se le sorprendiera escribiendo, y quemaba por su propia mano, en el fogón de la cocina, sus manuscritos ya copiados o impresos, a fin de no dejar rastros acusadores de su oculto proceder" (4).

D. Benjamín Vicuña Mackenna (1831-1886).—D. Benjamín Vicuña Mackenna es sin disputa el más generoso y romántico de los tres historiadores liberales; era, como atestigua monseñor Errázuriz, "un hombre todo corazón, incapaz de tener resquemores con nadie"; en esto se asemejaba mucho a su colega conservador.

"Tenía mucho talento porque a través de un documento se penetraba de una situación. No es lo que se puede llamar un historiador exacto; pero es un historiador que tiene la penetración de los acontecimientos y la visión de los hombres". En verdad era lo que hoy llamaríamos un grande "intuitivo", un historiador que ve con claridad meridiana los aspectos del pasado, y se remonta a él para estudiarlo tal como es, sin dejarse impresionar por ideas propias ni por las de la época en que escribe; en este sentido su obra histórica es infinitamente superior a la de Sotomayor Valdés y a todas las que se han escrito en Chile.

Nunca olvidaremos la luz que nos dió su magnífico retrato psicológico del arzobispo Valdivieso, para penetrar en el alma del gran prelado de América.

"La montaña de intuición del alma del pasado que acumuló Vicuña Mackenna, encierra tesoros inestimables. La musa que le agració con el presente rarísimo de la intuición del pasado, le negó el instinto del encadenamiento histórico; y esta falla, sumada a la falta de sentido de las proporciones y al torbellino de su vida, le impidió tallar y engastar las piedras preciosas que extrajo de sus

(4) Miguel Luis Amunátegui Reyes, por Raúl Silva Castro.

entrañas. Pero, desde cada una de las páginas que escribió, el pasado hace señas al pensador y al artista, instándolo a que lo articulen con el soplo de la idea y lo toquen con la gracia de la forma. No conocemos en la literatura histórica mundial un filón de ley más alta" (5). Encina "dió en el clavo". A Vicuña Mackenna le sobró imaginación evocativa y penetró como ninguno de nuestros historiadores en el alma del pasado; pero sus obras se acercan más a la novela que a la historia: se documentó muy poco y por eso el general Manuel Bulnes que "alcanzó a leer los libros de Vicuña Mackenna sobre O'Higgins y Carrera solía decir que, en la mayoría de las luchas de la Independencia había no poca exageración, porque muchas de las batallas no pasaron de ser más que entreveros a sable, en los que se peleaba desordenadamente con la bayoneta y el sable, con más desorden e improvisación que estrategia y previsiones".

El estilo de D. Benjamín es desigual: en sus libros, así como abundan los períodos brillantes, severos y de grande hondura y amenidad, hay también otros ampulosos y superficiales. Su fecundidad le perjudicó mucho; escribía muy aprisa, atropellando todos los cánones literarios: "con ese talento de investigación que tenía, con su lenguaje tan galano y tan brillante, si en vez de escribir cuarenta tomos hubiese escrito seis u ocho, habría dejado una obra tan duradera como la de los más grandes historiadores". Si hubiese frenado su exuberante imaginación con el examen atento de los documentos y hubiese cuidado un poco más la forma, habría sido el verdadero historiador del siglo precedente.

Cuando Vicuña Mackenna pretendió imitar a Lamartine en la *Conspiración del 20 de abril* y en la *Historia de la Administración Montt*, le fallaron sus tentativas y le sucedió lo que acontece siempre en historiografía universal, el autor quedó muy inferior a sí

(5) La literatura histórica chilena y el concepto actual de la historia, Francisco A. Encina.

mismo, en cambio en su libro *Viaje a Estados Unidos* logró superarse, porque hizo obra original.

En esta primera época los tres historiadores liberales, especialmente Barros Arana, buscaron documentos y fueron allegando las piedras fundamentales para construir el monumento histórico chileno, que se enriqueció con el ímprobo trabajo de D. José Toribio Medina, el gran investigador polígrafo, de cuya obra hablaré más adelante.

(Continuará)